

Constantinopla. Toda la poblacion en masa, precedida del clero, salió á recibirle; el emperador se arrodilló y se hizo coronar otra vez por él y hubo los milagros correspondientes. A su regreso encontró á Roma en gran fermentacion; el rey le recibió con desconfianza y lleno de ira, y los corifeos del partido enemigo de los bárbaros, es decir, el senado, la aristocracia romana y el clero estaban ya abiertamente comprometidos. Albino, sujeto romano distinguido, fué delatado al rey por su colega Cipriano, fiel y adicto á éste, como complicado en una correspondencia criminal con la corte de Constantinopla; y entonces Boecio, persona tan simpática al rey, que le veneraba y apreciaba en tan alto grado que no solamente le habia nombrado cónsul para el año 510, sino que en 522 confirió la misma dignidad á sus dos hijos antes de la edad legal, declaró con asombro de todos, que «si Albino era culpable lo eran tambien él y todo el senado.» El rey, fuera de sí, complicó en la causa á Boecio, que fué puesto preso, lo mismo que el Papa que acababa de llegar y que al poco tiempo, en 18 de mayo de 526, falleció en la cárcel. Teodorico, el tirano y bárbaro, cuando el tribunal correspondiente, que era el senado, temeroso de la ira del rey, sentenció á Boecio despues de una corta defensa á la pena capital como culpable de alta traicion, cambió la sentencia en destierro; pero cuando la sublevacion fué generalizándose en el país, mandó cumplir la sentencia no solamente en Boecio, sino al poco tiempo tambien en la persona de Simaco su suegro, confiscando los bienes de ambos segun el derecho penal vigente entonces. En medio de esta situacion tirante de los partidos opuestos nacionales y religiosos, precursora del completo desencadenamiento de todos los rencores y pasiones, falleció de repente Teodorico, en 26 ó 30 de agosto de 526.

Poco despues de su muerte se le acusó de haber querido quitar en un mismo día todas las iglesias á los católicos para darlas á los arrianos; pero esto es tan falso como aquella otra fábula inventada por el fanatismo, de que el recuerdo y remordimiento de la muerte de Simaco se habia despertado repentinamente en el alma del rey al ver en la mesa un pez, á cuyo aspecto habia exclamado: «Esta es la cabeza de Simaco,» espirando luego en brazos de las personas presentes. Tambien corrió la voz de que un piadoso ermitaño católico habia visto padecer y gemir el alma del rey hereje en medio de un mar de fuego debajo de la isla volcánica de Lipari, donde se hallaba por haber perseguido á los católicos. Las leyendas germánicas se apoderaron tambien del gran rey presentándole como favorito é hijo predilecto de Odin, que por no verse privado por mas tiempo de él le habia hecho buscar por un corcel negro que le habia arrebatado de la misma mesa régia en su palacio de Rávena; y desde entonces gozaba Teodorico en compañía de Odin y de los héroes los placeres eternos del Valhalla. El cristianismo cambió posteriormente el caballo negro de Odin en el demonio que habia tomado esta forma para llevarse al rey hereje al infierno.

### CAPÍTULO III

LOS SUCESOSES DE TEODORICO HASTA LA DESTRUCCION DEL IMPERIO OSTROGODO (desde 526 hasta 555)

A la muerte de Teodorico se hallaba el reino ostrogodo en plena fermentacion en el interior, y amenazado exteriormente por Constantinopla y los francos. El heredero del rey era un niño de ocho años, Atalarico, hijo de Eutarico, muerto en 522, y de Amalavinta, mujer de gran talento, instruccion y carácter enérgico, que se encargó de la regencia hasta la

mayor edad de su hijo, conforme habia dispuesto el difunto rey con el asentimiento de la nobleza goda convocada en asamblea en Rávena y en presencia de toda la poblacion. Con notable sagacidad y rapidez procuró Amalavinta hacer jurar á todos fidelidad al sucesor de Teodorico, que por su parte, aunque niño, hubo de jurar tambien que gobernaria siguiendo el espíritu de su abuelo, protector de los romanos. En aquel tiempo era costumbre en Italia como en la Gاليا, hacer jurar á romanos y germanos conservarse mutuamente fieles y observar lealmente las leyes. Con este juramento de fidelidad creia Amalavinta asegurar la paz y el órden entre los dos pueblos, la fidelidad de ambos á su rey, y evitar la separacion de ciertos territorios cuyos habitantes podian pasarse á los francos ó á los visigodos. Para asegurarse de las autoridades eclesiásticas, exigió tambien á los obispos el juramento; pero á pesar de todas estas precauciones, no dejaba de ser muy difícil y peligrosa la posicion de la regente, no solo por el elemento romano, sino por la orgullosa y tosca nobleza goda, para la cual era cosa nunca vista y contraria á todas las tradiciones germánicas que estuviera á la cabeza de la nacion una mujer. En la política extranjera resultaban tambien grandes desventajas; el dominio de los ostrogodos sobre el reino visigodo ya no tenia razon de ser; y cuando los francos atacaron y mataron al rey Amalarico en 531, nada pudo hacer la regente del reino ostrogodo ni para impedirlo ni para vengarlo. Tambien hubo de dejar impune el asesinato de su hermana por el rey vándalo en 527, y mirar con los brazos cruzados cómo los francos en 530 acababan con la familia real de Turingia, emparentada con ella. Disgustada de la resistencia brutal de la nobleza ostrogoda, sin grande aficion á sus toscos compatriotas á causa de la educacion superior que habia recibido, esperó encontrar mas simpatía no solo en los romanos á quienes trataba con extraordinaria condescendencia, sino tambien en Justiniano que acababa de sentarse en el trono del imperio oriental y cuya política tenia por principal objeto, por desgracia de ella, la reincorporacion de Africa é Italia al imperio.

El lenguaje de las cartas de Amalavinta al emperador es hasta rastrero por lo adulador, mientras que en el país trató de atraerse á los romanos rebajándoles las contribuciones, ascendiendo á los senadores á dignidades superiores, devolviendo á los herederos de Boecio y Simaco los bienes confiscados y dando libertad á muchas personas presas por diferentes motivos. El resultado de todo esto fué un mayor descontento del partido nacional godo que llegó hasta un levantamiento abierto con motivo de la educacion completamente romana que Amalavinta daba á su hijo, rodeándole, en lugar de varones esforzados godos, de maestros griegos y romanos. Vieron un día unos cuantos godos nobles cómo el muchacho huía llorando de su madre, que le habia castigado por una falta leve, y entonces ya no disimularon su rencor tanto tiempo comprimido. Exigieron y alcanzaron que la regente cambiara completamente la educacion del príncipe, reemplazando sus ancianos maestros con jóvenes godos. Estos no tardaron en corromper y perder al joven enseñándole todos los vicios y excitándole además contra su madre para tomar el mando en lugar de ella. Amalavinta defendió su cetro y persona con teson, y para debilitar un tanto al partido de la nobleza mandó á tres de los principales de ella á tres puntos distintos y muy lejanos con el pretexto de proteger las fronteras amenazadas; pero como á pesar de esta medida continuara la oposicion y correspondencia con los tres jefes alejados, resolvió la princesa su muerte, preparando al propio tiempo su huida para el caso de frustrarse el plan. No se hizo rogar Justiniano para conceder el asilo que la regente le pidió en secreto, mandando

en seguida alhajar suntuosamente un palacio en Epidamno para la hija de Teodorico; pues ¿qué mas podia apetecer que ver reñir y dividirse en partidos opuestos á los godos, mucho mas si era con motivo de violencias sangrientas? La regente ya habia enviado delante un buque con el tesoro, pero habiéndose efectuado sin gran dificultad el triple asesinato, volvió á llamar el buque y siguió reinando en Rávena mas fuerte que antes. Entre tanto no habia perdido tampoco el emperador su tiempo, sino que habia entrado en relaciones secretas con otro individuo de la raza de los Amalos que le habia ofrecido restituírle una gran parte de Italia. Era este Teodahado, primo de Amalavinta, que vivia como particular en Toscana, entonces Tuscia, hombre rudo, de educacion puramente germánica, que lejos de ser guerrero era en extremo cobarde. Dominado por una codicia que no conocia límites, abusando de su elevada categoria para apropiarse lo ajeno de grado ó por fuerza, y despojando á todo el mundo, llegó á hacerse dueño sucesivamente de todo el territorio de Toscana. «Teodahado consideraba como una desgracia tener vecinos, porque esto equivalia á tener una propiedad limitada por dilatada que fuese.» Así se expresa un contemporáneo, Procopio, el jurisconsulto asesor de Belisario é historiador cronista de todos estos sucesos.

Odiaba Teodahado á la regente porque en varias ocasiones le habia obligado á restituir lo que injustamente habia usurpado, y para vengarse determinó entregar toda la Toscana al emperador en cambio de la dignidad de senador, y retirarse cargado de riquezas á Constantinopla. Con este objeto entabló luego relaciones con algunos obispos católicos, enviados por el emperador á Italia para consultar con el nuevo papa Juan II, sobre ciertas cuestiones eclesiásticas. Un miembro lego de esta comision, el senador Alejandro, estaba al propio tiempo encargado de reanudar en secreto las relaciones interrumpidas con Amalavinta, mientras que para mejor disimular su verdadero objeto á los ojos del público debia presentar quejas y procurar el consiguiente arreglo de ciertas diferencias de límites y otras. En las conferencias secretas ofreció la regente entregar al emperador toda la Italia, porque su posicion se iba empeorando; su hijo habia contraído una enfermedad mortal á consecuencia de sus excesos, y muerto él corria gran riesgo de parte de los ostrogodos nobles no solo su cetro sino su misma vida. Dos miembros de la familia real estaban pues vendiendo su pueblo al enemigo de su raza, y este no se descuidó en procurar destruirlos juntamente con su reino efímero, como habia destruido á los vándalos. A este fin mandó á Italia á un tal Petros, gran retórico y persona sagaz y astuta, con órden de tratar separadamente con Amalavinta y Teodahado. Además de este encargo de su señor, llevaba otro de la hermosa emperatriz Teodora, mujer infernal, hija del guarda de fieras del circo de Constantinopla, que en su primera juventud habia sido prostituta pública, pero que por su hermosura, talento, encantos y arrojo se habia elevado del fango hasta el trono, casándose con el emperador, para quien se mostró en días aciagos y de grandes peligros valiente y fiel compañera. Esta mujer temia la presencia cerca de su trono de la hermosa é instruida hija de Teodorico, y decretó su muerte. A este fin habia propuesto al emperador el nombramiento del tal Petros, á quien habia sobornado á fuerza de grandes promesas y de la dignidad de «magister,» equivalente á nuestro presidente, jefe superior, gobernador, etcétera. A la llegada de este á Italia habia ya muerto el joven rey (en 534), y ocupaba el trono Teodahado, por las recomendaciones de la regente, que conociendo la repugnancia de los grandes de su nacion habia procurado que le eligiesen con la esperanza, sin embargo, de que él llevaria el

nombre de rey y ella gobernaria en realidad conforme Teodahado le habia jurado secretamente, aunque con la firme resolucion de no cumplir nada. En efecto, apenas fué coronado, cuyo suceso participó Amalavinta al emperador, cuando ya se concertó con los amigos mas encarnizados de la princesa para hacer matar á algunos de sus partidarios y encerrar á la misma Amalavinta en un castillo situado en una isla del lago de Volsena en Toscana. Despues, temiendo á Justiniano, le envió una embajada para enterarle de las razones que le habian obligado á obrar así. Esta embajada encontró á Petros en Aulon, despues que este ya habia recibido la otra que le habia comunicado no solamente lo que la ex-regente le habia encargado, sino tambien lo que le convenia que callase. Así el emperador, perfectamente enterado por su enviado diplomático, pudo utilizar á sus anchas la confusion y falacia infame de aquellos á quienes queria exterminar. Aseguró por escrito su proteccion á la ex-regente y encargó á Petros que hiciera saber esta su voluntad al pueblo ostrogodo, con lo cual no hizo mas que apresurar el triste destino de Amalavinta. Los parientes de los tres nobles asesinados por su órden excitaron el odio del rey hasta recabar su consentimiento para su muerte, que se llevó á cabo luego en la isla solitaria donde estaba presa. Procopio dice en su historia secreta que Petros fué el verdadero instigador de este nuevo crimen, que pactó con los interesados, mientras públicamente amenazaba á todos con la venganza de Justiniano si atentaban contra Amalavinta. Por otra parte consternó y aterrorizó la muerte de su protectora al pueblo romano; en Roma hubo motines con este motivo contra los ostrogodos, y cuando llegaron tropas del rey, la ciudad les cerró las puertas, mientras que el emperador hacia su papel de vengador de la princesa declarando á Teodahado y á todos los ostrogodos la guerra. Esta guerra con pocas interrupciones debia durar mas de 20 años y acabar por la completa destruccion del pueblo ostrogodo, que probó durante esta postrera lucha su incomparable y noble heroismo. El odio, la traicion y desercion de los italianos; la superior pericia de los jefes bizantinos Belisario y Narses; los recursos y poderío entonces todavia inagotables del imperio oriental; la falacia y division interior de los ostrogodos, hicieron inevitable su exterminio.

El emperador que tanto tiempo habia vacilado antes de resolverse al ataque contra los vándalos, procedió esta vez con decision y gran rapidez, animado ya por el brillante éxito de aquella empresa, contando con un ejército y generales victoriosos y con las divisiones interiores de los ostrogodos. Trató tambien de excitar á los antiguos adversarios de los ostrogodos, los francos, no escaseando ni promesas ni regalos, á atacarlos de consuno con él, cada uno por su lado, dando á la guerra un barniz religioso; pero los solapados merovingios, familia real de las tribus francas, rama germánica establecida en la Bélgica y Norte de Francia, solicitados tambien por los ostrogodos, vendieron su auxilio á ambos beligerantes sin darlo á ninguno, prefiriendo despues invadir y saquear la Italia por su cuenta.

Los bizantinos atacaron en 535-36 simultáneamente por dos puntos distintos, obedeciendo á un plan bien meditado. Mientras una pequeña division penetraba por el lado de Oriente en Dalmacia y derrotaba á los godos cerca de Salona, amenazando á Rávena desde el Norte, desembarcó Belisario con el grueso del ejército en la isla de Sicilia, cuya poblacion se pasó al instante á su partido, incluso el comandante godo Sinderico de Siracusa, que á la primera insinuacion se rindió. Estos resultados fueron suficientes para que el ladino Petros, que á pesar de la declaracion de guerra y de la ruptura de hostilidades continuaba al lado del rey, atemorizara

á este tanto, que desde luego ofreció al emperador un convenio, según el cual continuaría reinando bajo la soberanía bizantina reconocida oficialmente; y como Petros contestara que estas condiciones no podrían quizá ser aceptadas, en cuyo caso presentía la continuación inevitable de la guerra, el rey, que no quería oír hablar de guerra, le ofreció en otro convenio reservado someterse completamente y entregar al emperador todos los países ocupados por los ostrogodos, creyendo en su ignorancia que el embajador enseñaría á su soberano primero el primer convenio, y solo cuando este no lograra ser admitido, el segundo. Por supuesto, sabiendo el emperador por Petros que se le daría todo cuanto pidiera, rechazó el convenio parcial; pero mientras el embajador volvía á Italia y arreglaba con el rey el precio de la venta de su nación ofreciéndole tierras del emperador, habían alcanzado los godos algunas pequeñas ventajas en Dalmacia, á cuya noticia Teodahado ya no quiso saber nada de convenios y hasta mandó poner preso al enviado del emperador. Este, conociendo la falacia é informalidad del rey, había tratado de enemistar con él á la nobleza, comunicándola cartas imperiales que para este caso probable había llevado. Justiniano dió al momento orden á Belisario de pasar á la Italia meridional, y al mismo tiempo mandó un segundo ejército á Dalmacia que se apoderó al instante de todo el territorio del Noroeste hasta cerca de Rávena; Teodahado, aterrizado otra vez y no atreviéndose á ofrecer nuevos pactos á la corte de Constantinopla seguro de que esta ya no trataría con él, valiéndose de un recurso miserable y criminal para forzar á Justiniano á entrar en tratos pacíficos. Obligó á los senadores de Roma á dirigir al emperador una petición para hacer la paz amenazándoles con que de otro modo ellos, sus mujeres é hijos serían condenados á muerte. Obtenido este documento, obligó con las mismas amenazas al papa Agapito á llevarlo en persona á Constantinopla, pero Justiniano no hizo caso de la petición y dejó que Belisario prosiguiera sus operaciones, el cual desembarcado que hubo cerca de Reggio, en la primavera del año 536, año segundo de la guerra, ocupó el país. Los habitantes se pasaron en masa al emperador, no habiendo allí muchas familias godas, y el mismo yerno del rey, Ebrimuto, enviado á toda prisa contra Reggio con un cuerpo de tropas, se pasó también al enemigo, y fué después recibido con grandes honores en Constantinopla y recompensado con la dignidad de patricio, á manera de reclamo á fin de incitar á otros ostrogodos á la deserción, conforme efectivamente se logró, bien al revés de lo que había sucedido con los vándalos en Africa.

Desde Reggio dirigióse Belisario hácia Nápoles, atravesando los Abruzos y la Basilicata; pero al intimar la rendición, negóse la ciudad á entregarse, y aunque no faltaba en ella un partido dispuesto á disfrutar la libertad y las bendiciones del imperio bizantino, prevaleció el partido favorable á los godos, que apoyado por una débil guarnición ostrogoda resistió heroicamente 21 días, merced en gran parte á la cooperación de los vecinos israelitas que estaban agradecidos todavía al benévolo gobierno de Teodorico y que probablemente temían más las exacciones y persecuciones del representante imperial. Todas las súplicas apremiantes que los sitiados enviaban al rey Teodahado para que les mandara refuerzos, fueron inútiles. Un día, un soldado del ejército sitiador, voluntario isaurio, descubrió que podía penetrarse en la ciudad por el acueducto, puesto en seco por los sitiadores que lo habían roto para quitar á la población el agua. Aprovechando esta circunstancia Belisario, penetró en la ciudad cuya suerte fué horrorosa; los libertadores imperiales, es decir, los hunos y masagetes de Belisario despedazaron como fieras á hombres, mujeres y niños, sin mirar sexo ni

edad; todos fueron sacrificados, sin que les valiera el asilo sagrado de los templos. El general bizantino dejélos hartarse de sangre, y no mandó cesar el saqueo sino más tarde. De los dos jefes del partido godo que había en el pueblo, uno murió de un ataque de apoplejía al saber que el enemigo estaba en la ciudad, y el otro fué hecho literalmente pedazos por el pueblo desesperado. La guarnición ostrogoda, compuesta de ocho centenares, se rindió, y fué tratada por Belisario con los honores que prescriben las leyes de la guerra.

A la noticia de la caída de Nápoles, la tercera capital del reino, abrieron los godos los ojos; irritados ya de la inacción del rey, empezó el ejército reunido en Roma y su provincia á sospechar una traición, y resolvieron todos ayudarse á sí mismos empezando por convocar una asamblea popular, al estilo germánico antiguo, en la llanura de Regeta entre Anagni y Terracina, atravesada por el riachuelo llamado entonces Decemnovius. Allí depusieron á Teodahado por traidor, y eligieron en su lugar á Witiquis, jefe de su ejército, que aunque no de raza noble, se había distinguido brillantemente por su pericia y heroísmo en la guerra contra los gépidos. Es este un ejemplo del espíritu de libertad que vivía en el pueblo germánico, y en momentos de grandes peligros se acordaba de su antiguo derecho individual, superior á la institución de la dignidad real y á la prerogativa de las familias nobles de sacar de entre sus miembros al rey. Este espíritu respiraba el primer manifiesto del nuevo monarca, aunque solo lo poseemos en el latín retórico de Casiodoro. En él decía: «No he subido al trono en aposento angosto, sino en anchuroso campo; no en medio del respetuoso susurro de aduladores de la corte, sino al estruendo de las trompetas guerreras, en medio del ruido de las armas; al uso antiguo de nuestros mayores ha sido elevado sobre el pavés el hombre que adquirió su fama en la guerra, á fin de que también reciba su mayor honor con las armas; todo para que el pueblo vea satisfecho su deseo y encuentre el rey que buscaba.»

Al tener noticia de este cambio, Teodahado huyó de Roma con intención de encerrarse en Rávena; pero le siguió Optari, godo al cual había arrebatado la mujer con quien iba á casarse, y después de seducirla con su oro, la había casado con otro. Optari, encargado por Witiquis de vengar junto con su agravio el de todo el pueblo, persiguió al fugitivo día y noche como su sombra, hasta que le alcanzó; entonces le cogió, le arrojó en tierra y le mató «como víctima destinada al sacrificio,» dice el cronista.

Witiquis se hallaba naturalmente más limitado en sus facultades que sus predecesores los reyes Amalos, que tenían autoridad con pretensiones y visos imperiales; necesitaba consultar en todas las cuestiones importantes á la nobleza y al pueblo reunidos en asamblea, como cuando por ejemplo juzgó prudente evacuar y abandonar la mayor parte de Italia al enemigo; y le costó no poco trabajo calmar el impetuoso ardor guerrero de los germanos, que á toda costa querían atacar en seguida. No se fiaba de los habitantes de Roma, y menos del clero católico, por cuya razón prefirió retirarse á Rávena con el asentimiento de su pueblo, á fin de completar allí la organización de sus tropas, incorporando al ejército las guarniciones llamadas á toda prisa de la Galia después de haberse entendido respecto de esta medida con los francos, á fin de poder caer con todas sus fuerzas sobre los bizantinos. Antes de salir de Roma dispuso que quedasen allí cuatro milenarios de tropa al mando de Leudaris; hizo jurar fidelidad eterna al Papa, al Senado y al pueblo, recordando á todos la tolerancia y benignidad de los godos, y para mayor seguridad llevóse además un número de senadores como rehenes. Llegado que hubo á Rávena casóse con

Matasvinta, hermana de Atalarico, sin hacer caso de su resistencia, con la esperanza de lograr así para su partido y su dignidad real la adhesión de toda la parentela de la familia amala, y además se dedicó con todo el celo posible á completar sus armamentos.

Para asegurar la neutralidad de los francos y poder hacer regresar las tropas ostrogodas destinadas á guardar la Galia goda contra ellos y las hordas de alamanos y borgoñones que los francos dejaban pasar, ratificó, después de consultar á la nobleza, el convenio que había hecho poco antes Teodahado con los francos, por el cual se les cedían todos los territorios de la Galia meridional que Teodorico había conquistado, en cambio de contingentes auxiliares que se sacarían no de los francos, porque los merovingios habían recibido dinero del emperador Justiniano para enviarle también tropas contra los ostrogodos, sino de tribus sometidas á los francos, con la reserva de cargar la responsabilidad sobre ellas mismas. Estando ocupado Witiquis en estos preparativos, sucedió en Roma lo que se había previsto. A pesar de los juramentos prestados, el papa Silverio fué el primero en instar á la población á pasarse abiertamente al partido del emperador ortodoxo, y en su consecuencia, una comisión compuesta de romanos distinguidos pasó á invitar solemnemente á Belisario á tomar posesión de la ciudad; Belisario entró en Roma en 9 de diciembre de 536, marchando por la Vía Latina y penetrando en la ciudad por la puerta Asinaria, mientras la guarnición ostrogoda salía por la parte opuesta, ó sea la puerta Flaminia, en dirección de Rávena.

El general bizantino no ignoraba lo mucho que significaba la recuperación de Roma, y sin perder un instante aplicó toda su atención á ponerla en buen estado de defensa, mandando recomponer las muy derruidas murallas de Aureliano y estableciendo en todo el rededor, hasta el Tiber, nuevas obras de fortificación. Mandó llevar acopios de trigo de Sicilia y de la Campania, é hizo de Roma la base de las operaciones de sus tropas, que poco á poco conquistaron toda la Italia central, después de haberse pronunciado de *motu proprio* en favor de los bizantinos todo el Mediodía, la Calabria y la Apulia con la fortísima plaza de Benevento, desprovistas todas de guarniciones. Al poco tiempo reconocieron también la autoridad imperial una parte de los godos establecidos en la Sabina (Samnio), que se extiende hácia la costa; confirmando las palabras del cronista lo que ya dijimos respecto de haberse establecido los ostrogodos, según uso antiguo, por grupos consanguíneos ó tribus, porque dice: «Pasaron á los bizantinos Pitza y los que vivían con él hasta el río que atraviesa el país; pero los de la otra orilla no quisieron oír hablar ni de Pitza ni de rendición.»

Las ciudades de Toscana abrieron también sus puertas á los bizantinos, entre ellas Narni, plaza poco menos que inexpugnable entonces, que se entregó á Besa, aquel general ostrogodo al servicio de Bizancio, uno de los de su nación que prefirieron quedarse cuando emigraron los demás con Teodorico hácia Italia. Espoleto, Perugia y otras ciudades se entregaron á Constancio; y cuando dos jefes godos, Unila ó Hunila y Pisa, trataron de recuperar á Perugia, fueron rechazados y hechos prisioneros. Al saber Witiquis estos sucesos no quiso aguardar la llegada á Rávena de las tropas que Markia conducía de la Galia, y habiendo concluido los demás preparativos decidióse á evitar nuevos progresos del enemigo. Despachó dos jefes, Asinario, que á pesar de su nombre latino debía ser godo, y Uligisalo con un numeroso ejército á Dalmacia, que se hallaba hasta Liburnia y la zona Sudeste de la Istria en poder del general bizantino Constancio, con orden de recuperar aquel país y principalmente la capital Salona. Además, á fin de sitiar á esta última por mar,

mandó allí un gran número de buques mayores. El por su parte, con el ejército principal, que Procopio calcula en 150 milenarios ó cuerpos de 1,000 hombres, en su mayor parte cubiertos de armadura, incluso muchos caballos, se dirigió á buscar á Belisario en Roma. «Como leon fiero, dice Procopio, aproximóse el rey ostrogodo, después de haber renovado en un largo descanso sus fuerzas, difundiendo en el ejército bizantino grandísimo terror, á pesar de que este ejército hasta entonces había sido constantemente victorioso. Tan grande era el miedo que inspiraba el heroísmo de los germanos, que los destacamentos encargados de impedir á los enemigos los pasos del Tiber y del Anio, al saber que los godos se aproximaban, abandonaron las cabezas fortificadas de los puentes sin aguardar su llegada; pero temiendo el justo castigo y la vergüenza no se retiraron á Roma sino á la Campania. Así fué que Belisario al hacer un reconocimiento cerca de una cabeza de puente se encontró de improviso con los ostrogodos que habían ya pasado el río. Llevado de su valor personal y ardiente genio, metióse en la pelea, cuerpo á cuerpo, cuando algunos desertores le conocieron y gritaron á los godos que embistieran todos al que montaba el caballo negro con la cabeza baya. Difícilmente se habría salvado Belisario de tan desesperada situación sin la fidelidad de su asistente, que se sacrificó para defender á su amo, el cual, perseguido después de cerca, apenas tuvo tiempo de entrar en Roma. Los godos entonces cercaron la ciudad formando siete campamentos. En la acción cerca del puente tan próximo á la ciudad habíase distinguido entre los godos un abanderado llamado Wisand, que fué quien mas apretó á Belisario y cayó, por fin, con trece heridas en el cuerpo. Dejado por muerto en el campo de batalla, se le encontró al tercer día todavía con vida, y se salvó. Quedando los bizantinos derrotados y Belisario huyendo hácia la ciudad, extendióse la voz de que los godos habían penetrado en ella con el general por la puerta Pancracia, y trabajo costó á Belisario detener á las masas que querían evacuar la capital. Witiquis mandó á un noble, el duque ó sea jefe de ejército Vauquis, á la puerta Salaria para reconvenir á los romanos por su infidelidad y decirles que los griegos no les podrían proteger porque eran una nación que solo enviaba á Italia comediantes, juglares y rateros.

En seguida principió el primer gran sitio de la capital del mundo, tan famoso en la historia y en esta guerra. Era en febrero de 537. Las murallas construidas por el emperador Aureliano y recompuestas por Belisario tenían catorce puertas entre grandes y pequeñas. Los godos establecieron seis campamentos en la orilla izquierda del Tiber, en el espacio que media entre las cinco puertas mayores desde la Flaminia hasta la Prenestina; y para impedir que los sitiados destruyesen el puente Milvio y quitasen á los sitiadores la comunicación desahogada entre ambas orillas, construyeron un séptimo campamento en la orilla derecha y en el llamado campo de Neron, para defender esta obra y amenazar las puertas Aureliana y Transtiberina. Formaban este campamento las guarniciones que habían llegado de la Galia con su jefe Markia; los otros seis estaban mandados uno por el rey y los demás por cinco jefes nombrados por él. Algo habían aprendido los ostrogodos en los últimos años de su estancia en Italia y en el servicio de los ejércitos romanos, y lo aprovecharon tan bien como supieron en este sitio. Habían abierto fosos alrededor de sus campamentos; con la tierra removida habían levantado parapetos, guarnecido las crestas de las empalizadas y construido otras obras de defensa. Luego cortaron los catorce acueductos que en aquella época conducían el agua potable de todos los puntos del horizonte á la capital; si bien Belisario, acordándose del